



MARÍA EUGENIA ARIZCUREN

Currú Leuvú


azulejos

Ilustraciones de MARÍA WERNICKE

Currú Leuvú

María Eugenia Arizcuren

ILUSTRACIÓN DE TAPA
DE MARÍA WERNICKE

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría

Editora: Pilar Muñoz Lascano

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramación: Ana G. Sánchez

Ilustración de tapa: María Wernicke

Arizcuren, María Eugenia

Currú Leuvú / María Eugenia Arizcuren ; ilustrado por María Wernicke. -

1a ed. - Boulogne : Estrada, 2018.

128 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Serie Roja ; 71)

ISBN 978-950-01-2310-5

1. Literatura. I. Wernicke, María, ilus. II. Título.

CDD 863.9282



Colección Azulejos - Serie Roja

71

© Editorial Estrada S. A., 2018.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2310-5

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



LA AUTORA
Y LA OBRA

BIO- GRAFÍA



MARÍA EUGENIA ARIZCUREN nació en 1971 y es maragata, como se conoce a los nacidos en Carmen de Patagones, descendientes de los pioneros que la fundaron en el siglo XVIII. Situada a orillas del río Negro, Carmen de Patagones es en la actualidad una ciudad pequeña de casas coloniales. Cruzando en lancha o por los puentes,

se llega a Viedma, capital de la provincia de Río Negro. El río separa dos provincias, dos ciudades pero que se consideran unidas desde sus orígenes, por lo que se llaman a sí mismas “La Comarca”.

María Eugenia migró a la Ciudad de Buenos Aires para estudiar, se graduó de Profesora y Licenciada en Letras en la Universidad de Buenos Aires, y luego realizó un postítulo en Literatura infantil y juvenil en el Instituto SUMMA.

Actualmente vive en la Ciudad de Buenos Aires y ejerce como docente de Literatura en colegios secundarios.

Su escritura nace en talleres literarios, y estudia Ilustración y el libro álbum con José Sanabria. *Currú Leuvú* es su primera novela, y recibió una Mención Especial del jurado en el Concurso Aldea Literaria 2017 de la Editorial Cántaro, Puerto de Palos.



La novela

La novela es el relato de una historia de ficción en el que se cuentan hechos ocurridos en un mundo imaginario. Al igual que el cuento tiene una estructura narrativa (compuesta por inicio, conflicto o complicación, y resolución o desenlace), personajes y un narrador que organiza ese mundo.

La novela, como las demás formas del género narrativo, presenta un argumento y una trama. El argumento son los hechos, es decir, los acontecimientos del relato que conforman los núcleos narrativos. Debido a su extensión, la novela permite que en el desarrollo de su argumento se desplieguen temas centrales y otros secundarios o periféricos, o bien que se cuenten en simultáneo dos o más historias principales; estas por lo general se unen en algún lugar de este “viaje” a través de las palabras.

La trama es el modo en que los hechos son narrados, y esto involucra un tipo de narrador, una perspectiva, un tiempo y un ritmo para el relato, entre otras cosas.

El narrador es quien organiza el universo imaginario y quien narra los hechos. Este puede contar en primera persona gramatical o narrar lo que le acontece a otros desde una tercera persona.

El tiempo del relato alude al tiempo en el que transcurre la historia, depende del lapso transcurrido entre la acción que se propone contar el narrador y el acto de narrarla. Es posible narrar desde tres lugares temporales:

- El tiempo del narrador y el tiempo de lo narrado coinciden, por lo que el narrador narra en el presente gramatical.
- El narrador se sitúa en el presente para narrar hechos que han ocurrido en el pasado, y emplea los tiempos pasados para contar.
- El narrador narra, desde un pasado, hechos que ocurren en el presente o en el futuro. Es la opción menos frecuente y la más compleja.

Por su extensión, la novela no suele leerse de una sola vez como un cuento, y por lo general está dividida en capítulos. Y es también su extensión la que permite hacerla crecer de diferentes modos, como señala Julio Cortázar: “La novela es un monstruo, uno de esos monstruos que el hombre acepta, alienta, mantiene a su lado; mezcla de heterogeneidades, grifo convertido en animal doméstico”.

LA NOVELA DE INICIACIÓN O APRENDIZAJE

Las novelas pueden clasificarse según los tipos de historias que narran y los temas abordados. Hay novelas de aventuras, realistas, de ciencia ficción, de fantasy, policíacas, de terror, históricas, de suspenso o misterio, y de iniciación o aprendizaje.

La novela de iniciación o aprendizaje se caracteriza por la transición del mundo infantil al adulto. El relato narra el desarrollo físico y/o psíquico de su protagonista, un niño o adolescente, a partir de sus experiencias, y el contacto y la confrontación con los adultos. Estos acontecimientos afectan las percepciones que el personaje tiene tanto de sí mismo como de quienes lo rodean.

El argumento de este tipo de novela es la historia de una búsqueda, y esta puede ser de valores, de identidad, etc. Es frecuente que tenga pasajes retrospectivos, ya que el personaje suele recordar momentos de su pasado. Son novelas donde se produce un viaje, y este puede ser una vía de conocimiento del mundo exterior o bien, en sentido metafórico, tratarse de un conocimiento del mundo interior.

Este género tiene su origen en el siglo XIX en Alemania con la aparición de la novela *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Johann Wolfgang von Goethe. Otros títulos reconocidos de este tipo de novela son *El guardián en el centeno* de J. D. Salinger y *Demian* de Herman Hesse, en el ámbito universal, y *El juguete rabioso* de Roberto Arlt en la Argentina. Ninguna de estas novelas fue escrita ni publicada inicialmente para jóvenes; sin embargo, ellos están entre los principales lectores.

Currú Leuvú

María Eugenia Arizcuren

La mañana

Hoy es el cumpleaños de Negro, pero no tendrá una torta con velitas ni una mamá que lo despierte con un beso. Primero porque Negro vive en una casa donde los cumpleaños se festejan con mate y tortas fritas. Segundo porque Negro cumple catorce años y para esta altura, cualquier madre tiene prohibidos los besos y también, si las hubiera, las tortas con velitas. Negro aprendió de chico que había cosas que faltaban, pero no había enojo por eso. Salvo este día.

Negro vive detrás de las vías, en una casilla de paredes de ladrillos y techo de chapa. Comparte el hogar con su madre y Arzásola. El hombre un poco rudo y distante ha cuidado bien de él, pero no es el padre. De su verdadero padre ha heredado un nombre que se niega a usar, y ahora un obsequio: una estatuilla de madera tosca que su madre le da la mañana de sus catorce años.

—Aquí tienes, Curul —la madre se ha levantado llena de recuerdos.

—¡Te dije que no me llamo así! —el muchacho todavía medio dormido queda estupefacto. Tiene buen carácter pero esto es demasiado.

Había aprendido a no pensar. Había aprendido a no preguntar. Había borrado su propio nombre. Y ahora su madre lo traía, como si tal cosa: Curul.

—No vuelvas a usar ese nombre —el hijo descarga el enojo sobre una madre que entiende—. ¿Qué es esa cosa?

—Te la dejó tu padre.

—¿Cuándo vino? ¿Por qué no me despertaste?

—No estuvo aquí, hijo. La dejó para ti cuando naciste.

—¿Y por qué no me la diste antes?

—Porque me dijo que así debía ser.

—Sí, claro, como lo de irse, ¿no? —Negro le arrebató la estatuilla de la mano todavía extendida y sale desabrigado como está.

En la mañana de su cumpleaños atraviesa las calles de barro, las vías del tren y baja al río. La estatuilla pesa en su mano.

—¡Curul...! ¡La verdad es que esto no puede ser peor!

—Negro murmura y gesticula—; a ver, ¿y qué se supone que voy a hacer yo con esto? —el muchacho observa la estatuilla. Está tan furioso que las palabras retumban en su cabeza y las saca gritándolas. Por suerte es temprano, mira para todos lados y comprueba que nadie lo ha escuchado.

—¿No se le ocurrió dejar una bicicleta, no? —Negro sigue su camino de rabia—. ¿Catorce años y lo que me deja es un muñeco?, ¿soy una nena?

En la orilla se detiene agitado. El río siempre manso se agita también. Las olas golpean sus pies, pero no hay viento sobre los álamos y ninguna lancha ha empujado el agua.

—Qué raro —Negro pronto se olvida del río, baja la mirada hasta su mano que sostiene la carga: parece un guerrero, un cazador con un cuchillo. Sus ojos son calmos y también feroces, tatuajes indescifrables se dibujan en el cuerpo. Negro mira la estatuilla por última vez, con rabia extiende el brazo como para tirarla, pero no descarga la furia. Se queda allí detenido, con el único recuerdo de su padre en la mano.

Cuando llega a su casa, encuentra una bicicleta en la puerta. Es roja, tiene luces y es usada. Negro sabe que es para él, hace meses que la pide cada mañana. Entra corriendo a la cocina. Su madre está tomando mate con Arzáso-la. El hombre se acerca con la pava en la mano y le ceba un mate.

—Que lo aproveche —le da el mate y señala con un gesto la bicicleta.

El nombre Negro viene de otro lugar. La escuela, a la que está obligado a ir todas las mañanas, queda lejos del barrio pero ahora que tiene una bicicleta, la cosa va a ser distinta. Se viste apurado, besa a su sorprendida madre y pedalea hacia el río. El camino hacia la escuela es más largo si bordea el agua pero Negro ama ese río que moja a todos por igual. Ha aprendido a nadar, a cuidarse de los remolinos y conoce las barrancas más verdes y frescas de sauces. Cuando el calor de la siesta se mete por el techo de chapa,

cuando la casa se vuelve demasiado pequeña, cuando los ojos de su madre hacen agua, él busca el río.

Sus compañeros de escuela fueron los que lo llamaron Negro por primera vez. No notó violencia en la palabra y allí se quedó con ese nombre que dolía menos que el otro.

La maestra ya ha aceptado su silencio y su nombre, sin embargo insiste en que escriba sobre el papel. Negro no quiere hacerlo, no porque no sepa sino que se niega a escribir mensajes que no están destinados a nadie.

Esa mañana, durante la clase, siente el peso de la estatuilla en su mochila. No recuerda haberla puesto allí. La esconde entre sus rodillas, debajo del escritorio.

Lo que más le interesa son los tatuajes. Parecen un mapa, un camino que lleva a otra parte. Negro tiene sueño, pasa el dedo por las primeras líneas que parten del brazo del guerrero, y se adormece.

Notó que su corazón palpitaba. No había rastros de nada, todo era blanco. Avanzaba tan despacio por el miedo y el frío que sus piernas estaban agarrotadas. El perro lobo seguía a su lado. Debía tener cuidado con las puntas filosas, eran como puñales. El brujo Kunak le había advertido sobre las flores de hielo. De nada le servían sus destrezas de cazador, ahora su vida dependía del instinto de su perro lobo. De pronto escuchó una carcajada y un puñal de hielo lo desgarró.

—¡Negro, despertate!... ¡En la escuela no se duerme!

Negro siente como un latigazo y bruscamente se incorpora en posición de ataque. Los compañeros ríen, pero un instante, algo los obliga a callarse. Se oye el timbre, todos salen y Negro se queda solo en el aula.

—Qué raro —trata de calmar un ardor en su brazo—, ¿me habrán querido hacer una broma por mi cumpleaños?, ¿con qué me habrán pegado? —La estatuilla ha rodado por el suelo. Negro se apresura a guardarla en su mochila y sale.

La tarde

En el patio solo está ella. Negro la vio por primera vez con el pelo rojo sobre sus ojos, y sus ojos claros como el río. En el barrio las casillas han crecido con la llegada de los del Norte. Frías en invierno, hornitos en verano, guardan corazones que algunos no quieren.

La Colo había logrado crecer al amparo de la violencia. Recordaba las noches de lluvia, cuando el techo de agua la protegía de la furia de su padre. Recordaba a su madre, cuando el invierno de golpes caía sobre ella, para que ni una gota de esa lluvia la salpicara.

—Colo... —la nombra como se nombra a los que ya no están.

—Hola, Negro —saluda ajena a tanto corazón. Vuelven juntos bordeando el agua.

Negro empuja la bicicleta a su lado.

—¡Qué linda!, ¿es nueva?

—No, es usada —contesta Negro sin entender la pregunta.

—Que si es tuya —aclara la pelirroja.

—Sí, me la regalaron para mi cumpleaños.

—¡Feliz cumpleaños! ¿Cuántos cumplís?

—Catorce... —y la mira de reojo.

—¡Como yo! —la exclamación sorprende al muchacho. La Colo pasa de estar distante a súbitas explosiones de alegría.

—¿Qué, vos también cumplís años? —Negro se atolondra cuando está con ella.

—No, tonto, que tenemos la misma edad —y la risa se escapa de su boca.

Negro sonríe también haciéndose el superado, pero está muerto de rabia por su equivocación y porque no le gusta nada ser más chico, aunque sea por unos meses.

—¿Qué tenés ahí? —ella nota un ruido seco en la mochila de su compañero.

—Nada, algo que me dieron —Negro, avergonzado, se atrasa un poco.

—¡Dejame ver! —la Colo siente curiosidad y el entusiasmo asoma otra vez a su cara, a sus ojos. El chico no puede dejar de mirarla y como un sonámbulo desliza la estatuilla entre sus manos.

—Es hermosa, ¿de dónde la sacaste?, ¿de la escuela?
—las preguntas salen alborotadas.

—Me la dejó mi padre...

—¿Y Arzásola de dónde la sacó?

—No, mi verdadero padre...

La Colo no se inmuta, sigue mirando y se pierde en el camino de los tatuajes.

El fuego silbaba bajo el caldero. La choza parecía nacer en los leños encendidos y como una sombra extenderse hasta los pequeños ventanucos. Las paredes estaban cubiertas de cueros, y sobre los cueros, mantas. Del techo colgaban pequeños ramos de plantas medicinales y venenosas, garras de animales, pezuñas y plumas. Cuencos de madera guardaban minerales antiguos. Ailén había aprendido del fuego. De pequeña había tomado una brasa con sus dedos sin sufrir daño alguno y le había dicho a su madre que la piedra roja le cantaba antiguas canciones, le contaba de grandes cacerías, y de hierros forjados. Su madre espantada dejó de prender fuego en la casa, entonces un día Ailén caminó toda la noche, hasta la boca del Gran Volcán y allí habló en un lenguaje de siseos y chasquidos. Se quedó hasta que sus trenzas negras se volvieron de un rojo ondulante. Cuando bajó a la aldea, de sus huellas nacieron flores rojas. La llamaron la Niña Brasa.

—Colo, Colo —la voz se escucha desde atrás de su cabeza, sin embargo Negro está frente a ella—. ¿En qué estás pensando? —Negro se anima a rozarla para sacarla de su sopor.

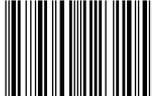
Currú Leuvú

María Eugenia Arizcuren

Currú Leuvú es el río que escucha el llamado de Kalén en un tiempo pasado, y también el de Curul en la actualidad. Kalén deberá hacer un viaje a la Montaña Dormida para descubrirlo. Curul lo sabe porque se lo ha contado su madre, y ahora él se lo cuenta a la Colo. Una novela de aprendizaje o de iniciación, de búsqueda de la identidad y de una profunda relación con el entorno.

Cód. 46571

ISBN 978-950-01-2310-5



9 789500 123105 >



macmillan
education



estrada
Seguimos haciendo historia